

LA CUSTODIA DE LA CATEDRAL

La festividad del *Corpus Christi*, dedicada a conmemorar la institución del Santísimo Sacramento, que no podía celebrarse de modo especial en el día de Jueves Santo, por razón del espíritu que informaba la liturgia impregnada por el recuerdo de la pasión y muerte del Señor, empezó a celebrarse en Lieja, en 1247. De allí se extendió a otras catedrales hasta que el papa Urbano IV, que había sido arcediano de Lieja, con la bula *Transiturus*, de 8 de septiembre de 1264, estableció su celebración anual para el jueves siguiente al domingo de la Trinidad. Pero la muerte del papa, acaecida pocos días después, retrasó el establecimiento de la festividad, puesta en vigor por decreto del concilio general de Viena de 1311, cuya ejecución fué urgida por el papa Juan XXII, desde Aviñón.

La celebración se introdujo inmediatamente en nuestras catedrales y pronto adquirió un auge extraordinario, de modo que, en la de Vich, se disponía, en 1318, que fuera celebrada perpetuamente *sub officio et solemnitate maiorum festivitatum* (1), aunque no se establecía todavía la procesión que se originó pronto en Gerona y Barcelona.

La de Vich fué acordada por decisión capitular de 1330, determinando su curso y ordenando que los canónigos concurrieran a ella revestidos con capas de seda y llevando cirios de tres libras de peso y altos de cuatro palmos (2). En los años siguientes abundan las decisiones, relativas a su mayor solemnidad, y a los gastos de cera e incienso por las que se obliga la asistencia a todo el clero (3).

La devoción a la nueva solemnidad y mayor culto que redundaba en favor de la Eucaristía, fué causa de la construcción de la capilla del *Corpus Christi*, erigida por el obispo Galcerán Sacosta (1328-1345), en la que dejó establecido un beneficio (4). Esta capilla pegada al muro septentrional de la catedral románica, a mitad de la distancia de la nave, contuvo el sepulcro de su fundador en un monumento labrado en alabastro que parece fué una de las mejores joyas escultóricas de la vieja catedral (5). En 1348, fundó otro beneficio en la misma el beneficiado Francisco de Terrers y, en 1414, un tercero el beneficiado Nicolás Mateu (6). En ella se tenía la reserva del Santísimo dentro tabernáculo que, en 1568, se combinó con un retablo al óleo, obra del pintor francés, Pedro de la Roca, por precio de cien libras (7).

(1) Archivo Capitular. *Liber Constitutionum*. c. 96.

(2) Archivo Capitular. *Lib. Const.* c. 167.

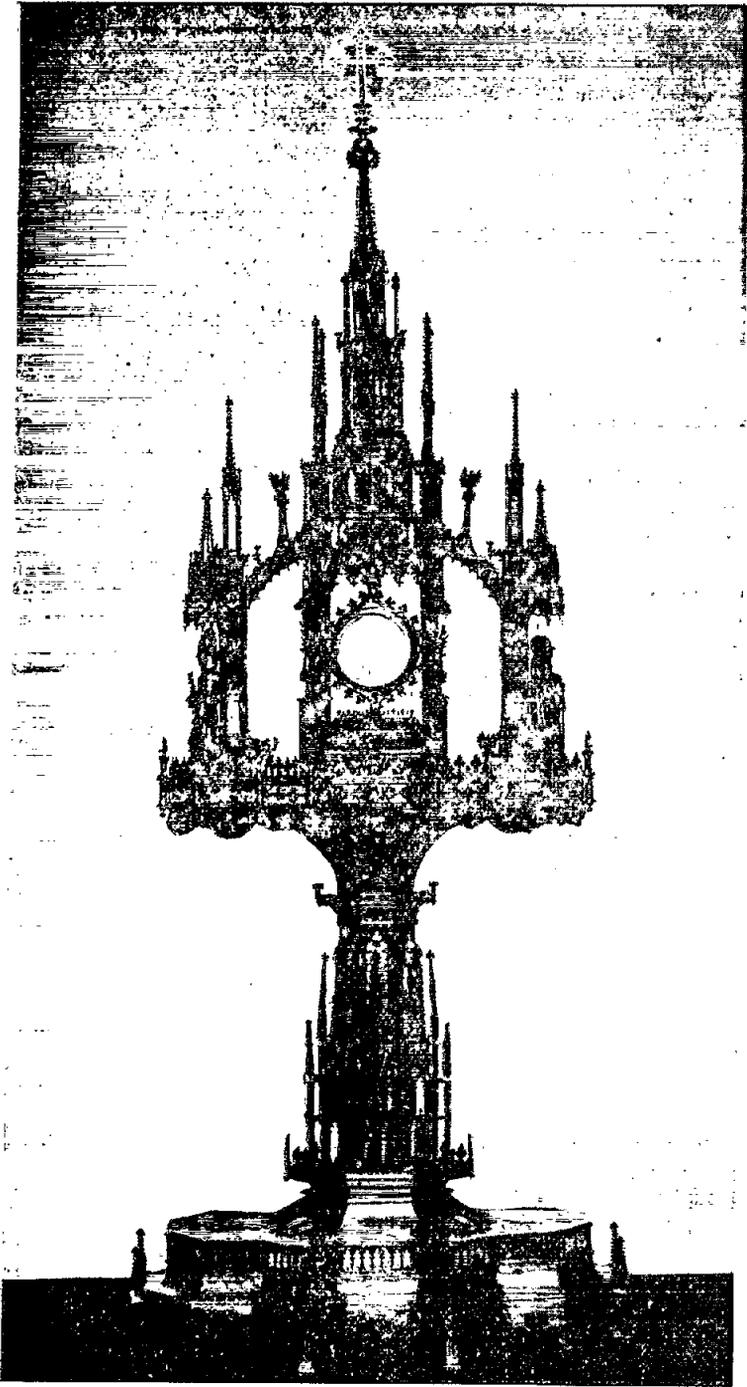
(3) Item c. 174, 236, 243, 290. En 1456, se estableció que en todos los jueves del año se celebrase el oficio de la solemnidad del *Corpus* (c. 410). En 1523, se aumentaron las distribuciones a los asistentes a la procesión (c. 456). En 1613, quedó establecido que todos los eclesiásticos acudieran con capa pluvial (c. 589).

(4) Consta que esta capilla ya estaba construída en 1340 (c. 227).

(5) En la exploración del subsuelo bajo el pavimento de la Catedral, en 1943, apareció la parte inferior de los arcos góticos que daban entrada a esta capilla, a mitad del ámbito de la nave del evangelio, más o menos frente al actual altar de San Ignacio. Del sepulcro del obispo fundador, tan ponderado en descripciones antiguas y reducido a cal en el período constructivo de la Catedral actual, parece que pueden identificarse los cuatro leones yacentes que sirvieron de soporte al sarcófago esculpido, incorporados actualmente bajo la canal de desagüe de los cuatro ángulos superiores del claustro. Su fina labor de escultura acredita suficientemente el antiguo elogio del sepulcro.

(6) Archivo Capitular. *Necrologios*.

(7) Curia Fumada, manuales de Onofre Coma, 6, 15 y 16.



En los comienzos de la festividad del *Corpus*, las Sagradas Formas eran llevadas a mano dentro del copón o arquilla que las contenía, disponiéndose para ello de ricos vasos litúrgicos de plata o metal esmaltado. Los primeros ostensorios fueron arquillas pediculadas, en las que, de la misma base que servía de soporte a la arquilla, emergían unas piezas laterales rematadas en figuras de ángeles; más tarde, el deseo de exponer la Sagrada Forma condujo a la formación del viril que quedó surmontado sobre la cubierta de la arquilla. En Vich, debió de ser utilizada una simple arquilla de metal repujado que pronto fué substituída por el elegante copón regalado, antes de 1328, por el beneficiado Ramón Pujol, cuya copa de cristal de roca permitía, con su transparencia, la visibilidad de la Sagrada Hostia. Este copón destinado a semejante finalidad hasta 1413, era el mismo que, cambiada la copa de cristal por otra de metal, fué utilizado anualmente para el viático solemne de los enfermos del Hospital en el lunes de Pascua y que fué robado y fundido en 1936.

La verdadera custodia no fué realizada hasta 1413. Obra de la generosidad del canónigo sacrista Bernardo Despujol, del mismo que hizo construir el retablo mayor de alabastro y la capilla de San Hipólito, relacionado con los mejores artistas y contratada directamente a sus expensas. Fué entregada al Cabildo Catedral a 17 de octubre, en remisión de una annata de su cargo de sacrista y con la obligación de celebrar, anualmente, seis aniversarios de cuatro dineros, cada dos meses, en sufragio de su alma y de la de sus padres y bienhechores (1). El Cabildo, junto con el obispo D. Alfonso de Tous, aceptó la entrega hecha a perpetuidad, mediante la aceptación de las cláusulas del convenio, por lo que nuestra Catedral adquirió una de sus joyas más preclaras que fué la admiración de todas las generaciones.

De plata cincelada y dorada, decorada con placas de esmalte y engastes de piedras preciosas, la custodia de Vich era de las más antiguas que se habían conservado en su forma monumental, según el arte sobrio de principios del siglo XV, antes que los orfebres no se alambicaran en lirismos espectaculares con derroches de fantasía y mayor ensamblamiento de elementos constructivos.

El desconocido artista que la trazó, partió del concepto de la custodia de arquilla, armada sobre un pie y ladeada por sendas figuras, según el tipo común del siglo XIV. Pero al mismo tiempo dió un paso adelante al incorporar el sagrario con su pináculo sobre la arquilla ostensorio, uniéndolo graciosamente mediante arbotantes con las dos figuras de los lados, dejadas frente a pilares de contrafuerte bajo doselete. Era el paso hacia las custodias de época posterior, en las que el sagrario aumenta de volumen para reducir el pie del soporte hasta suprimirlo en absoluto.

La solución era perfecta, tanto por la simplicidad obtenida dentro de la armonía de los elementos combinados en la composición del conjunto, como por el equilibrio de las partes fusionadas en el juego de líneas verticales y horizontales, y también por la esbeltez suma de pilares con sus pináculos jugando en los vacíos del ostensorio, en contraste con el macizo del tronco del pie, aligerado éste, igual que el pináculo superior y pilares laterales, por medio de encasamientos, rellenos con transparencias de esmalte bajo arcuaciones.

En esto radicaba el encanto de contemplación, el embeleso que atraía las miradas hacia el viril como punto convergente en el trazado de las formas constructivas, la gracia que, por el arte, fijaba el sentimiento de adoración a la Eucaristía.

(1) Archivo Capitular. *Lib. Const.* c. 378, en que se registra el documento íntegro de entrega con las estipulaciones aceptadas.

A pesar de la prodigalidad de detalles en cresterías, dentellados, follajes y angelitos que campeaban en cada una de sus partes, todo se subordinaba perfectamente a la funcionalidad de la pieza sin sobresalir más de lo que exigía el justo tono que aquellos elementos debían rendir en su expresión.

La base del pie, de tipo cruciforme con los lados prolongados para dar el arranque de la forma aplanada que convenía a la custodia, condicionada por el templete cuadrado del sagrario en el ostensorio, descansaba su expresión poligonal sobre arcos trilobulados unidos por pilarcitos con pináculo en los ángulos salientes. Una simple escocia reducía el volumen del pie en pared vertical decorada con arquerías trilobuladas y sobre ella se extendía la plancha, cincelada con los escudetes de Despujol, elevándose ligeramente para reducirse al tamaño del exágono central del tronco. Este quedaba revestido por una linterna de pequeños encasamientos dobles, con campo interior esmaltado, rematados en doble vertiente bajo un solo pináculo y separados por pilarcitos. Mediante un simple nudo de unión, el tronco se desarrollaba inmediatamente con abundante profusión de follajes combinados para sustentar la plataforma del ostensorio a las mismas proporciones y figura del pie. El cuerpo reducido de esta plataforma ofrecía una simple cenefa decorada con temas en losange, presididos por el escudo de Despujol, rematada por hojas trilobuladas que alternaban en dos tamaños y dividida en los ángulos por balaustres con medios cuerpos de angelitos adoradores en el pomo de cada uno.

En el centro de la custodia no faltaba la imprescindible arquilla rectangular, con cubierta a doble vertiente, en soporte del viril circular orlado de tréboles. Sobre ella se elevaba el sagrario formado por cuatro sùtiles pilastras, colocadas en diagonal, con ángeles adoradores, en la parte externa de cada una, apoyados a mitad de altura sobre esbelto arco; estas pilastras rematadas en elevado pináculo, formaban el templete al unirse superiormente por la doble arquería que dibujaba cada una de las cuatro caras que constituían el baldaquín sobre el que se elevaba el gran pináculo central. A una cierta distancia de ambos lados del templete, un amplio pilar de tres pisos se unía a su parte superior a través de un doble arbotante, con agujas centrales de soporte para cuatro angelitos músicos; de modo que, al enlazarse con la base del pináculo, daba al conjunto del ostensorio el aire triunfal de las bóvedas de un templo bajo cimborio, en el esquema de una catedral ideal para cobijar la Hostia Santa. Ambos pilares profusamente cincelados en detalles arquitectónicos, con representaciones de santos, ejecutadas en esmalte, dentro de los fondos de marco arcuado en los dos pisos inferiores de ambos lados, sostenían al exterior el dosel de ojivas suspendidas al aire bajo la linterna cuadrada, de arcos geminados en cada cara, de las que emergía el pináculo. Las figuras de San Pedro y de San Pablo, alojadas en el interior de la capillita resultante, eran obra maravillosa de repujado, tanto por la expresión noble y serena de sus rostros como por el magnífico drapeado de sus vestiduras.

El pináculo central, remate de la custodia, se distribuía en tres cuerpos superpuestos antes de prolongarse hacia la elevada aguja de la que emergía la cruz terminal. El cuerpo inferior, ensanchado a la base con cuatro construcciones salientes, de paredes en doble arcuación a ambos lados y figuras esmaltadas en las fachadas limitadas a tejado en doble vertiente bajo pináculo. El central abierto a manera de ventanales en ojivas y el superior con capillitas de fondo esmaltado.

Esta obra maravillosa de orfebrería correspondía perfectamente a la descripción consignada en el documento de entrega que la precisaba como custodia de plata dorada con esmaltes y piedras preciosas, con las imágenes de los apóstoles

San Pedro, y San Pablo y de los ángeles, espléndidamente adornada y ricamente fabricada, con los escudos de Despujol, de ochenta y ocho marcas de peso según la marca de Barcelona. Sus dimensiones oscilaban entre un metro sesenta de altura por unos setenta centímetros de base.

Las nuevas corrientes artísticas, imperantes desde el siglo XVIII, junto con la importancia aparatosa adquirida en la confección de las custodias, decretaron una mala época para la custodia tradicional de Vich, que se decidió suprimir en cambio de otra más a gusto de los tiempos. En 1749 se concretaron diversos proyectos, aceptándose finalmente el de una custodia de tipo de sol radiado, sobre largo pie de balaustre entre dos exuberantes formas de ángeles, cuya construcción se encargó dos años después al orfebre napolitano Antonio Romano que acababa de obrar, en el taller vicense de los Pratdesaba, la custodia de tipo semejante para la iglesia de la Piedad. Pero una corriente unánime de simpatía hacia la vieja custodia, secundada por los descendientes del mismo donador, se opuso a su desaparición. La innovación se limitó a una rica y grandiosa peana de plata, de pie barroco con elementos arquitectónicos decorativos a ambos lados que servían de asiento a dos ángeles desnudos llevando un candelero. En ella se engarzaba perfectamente la antigua custodia en un conjunto monumental que, aunque distinto de estilos, contribuía a su mayor grandiosidad (1). Para darle, si cabe, más riqueza se añadían a su alrededor varias imágenes de plata de las que abundaba entonces el tesoro de la Catedral. Así cuando era llevada en la procesión podía competir con el fausto de las más famosas custodias.

Semejante pedestal perduró hasta 1879, en que fué suprimido y fundido para otros usos, con motivo de la restauración de la custodia efectuada en los talleres de la casa Cabot de Barcelona, con el resultado de otra peana unida al mismo tabernáculo y resuelta con excesivo puritanismo de falso gótico, sobre la que destacaba la custodia en sus puras líneas constructivas.

Durante 523 años consecutivos esta maravilla artística presidió, como receptáculo de la Hostia Santa, las grandiosas festividades del *Corpus* de antaño y la solemne procesión anual. Su valor artístico había aumentado en el transcurso de depuración de los siglos y el cincel de la piedad del pueblo la había recamado con el arte sutil de una joya íntima, decorada por el embeleso de las miradas de muchas generaciones. Salió por última vez en la festividad del *Corpus* de 1936 para acabar pocas semanas después, ignominiosamente machacada y fundidas sus ruinas bajo los golpes letales de los marxistas que pretendieron borrar el alma de nuestras tradiciones cebándose sobre sus símbolos.

Su esbelta silueta de graciosas líneas, recibida de padres a hijos con señorial prestancia como trono eucarístico de Dios, ha quedado en el vacío, desvanecida en anhelos, sobre el pedestal levantado por la fe y por el homenaje secular de la ciudad que la reclama en el triunfo público del culto por sus calles y plazas, al dictado de un sentimiento noble que no puede desprenderse de sus expresiones características.

E. JUNYENT, pbro.

(1) Esta disposición se conservó en un dibujo, actualmente perdido, que se guardaba en el archivo de casa Abidal, el cual, en 1878, como recuerdo de haberse tenido que refugiar la custodia en la entrada de esta noble mansión por motivo de la lluvia en el paso de la procesión por el Callnou; dibujo que Mn. Gudiol reprodujo en *Gazeta Vigatana*, 1904, n.º 44.